



12 ROSAS

Consagración al Inmaculado Corazón de María

HOSPITAL DE ALMAS MARÍA DE LA CONSOLACIÓN

Oración para todos los días

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén

María, ven en mi auxilio. Hoy acudo a ti y traigo ante tu altar esta rosa. Con ella te doy también mi corazón para que tú lo transformes, quiero que cada día se parezca más al tuyo. Acudo al amor de Jesús y, junto con Él, quiero vivir como verdadero hijo tuyo.

Te amo, Madre mía, y me refugio en tu manto, para que seas tú quien me lleve hacia Dios.

Amén.

Padre nuestro...
Ave María...(x3)
Gloria...

4ta Rosa: La Espiritualidad

Con la cuarta rosa le presentamos a nuestra Madre todo lo que se refiere a nuestra vida espiritual. Aquí vamos a poner lo que con un corazón sincero le hemos dado al Señor: las oraciones, los sacrificios, las obras de misericordia, nuestra intimidad con Él, nuestra entrega y deseo de servirle.

No es mucho lo que hay que expresar o decir con esta entrega, pues todo lo ha recibido el Señor cada vez que hemos elevado hacia Él el corazón. Nuestra Madre, como mensajera suya, ha tomado nuestras oraciones como el perfume precioso que se quema con el incienso en el altar y las ha presentado ante Dios. (Cfr. Ap. 8,3)

Cada vez que nos acercamos a Dios, nos ponemos en presencia, tanto de la Trinidad, como de todos los santos; cada vez que buscamos la ayuda y la protección del Cielo, nos encontramos cerca del Corazón de Jesús, como el niño que duerme confiado en la cama de su Madre.

Nuestra relación con lo divino no debe ser fría, normada, escrupulosa ni distante. Al contrario, mientras más pequeños nos sentimos, con mayor confianza podremos acudir a quienes ya han llegado al lugar que ha sido creado para nosotros desde toda la eternidad. ¡Qué amor tan grande nos espera en el Cielo! ¡Y qué alegría poder vivirlo mientras caminamos hacia allá!

Es verdad que el camino espiritual no es llano y lleno de flores. Al contrario, por ser el camino de Cristo, quien empieza a recorrerlo se da cuenta enseguida que es un camino de Cruz, que para seguir al Maestro es necesario recorrer el Calvario.

Y como en todo camino de cruz, lo normal es caerse y lastimarse. Muchas veces nos cuestionamos porqué, si le hemos entregado tanto al Señor, de pronto nos encontramos solos, desconsolados y heridos. Hay principalmente tres razones:

La primera es que, en ocasiones, las personas que se encuentran en el mismo camino espiritual, aunque no tengan mala intención, distorsionan el amor de Dios a base de imponer normas y criterios humanos. Esto no es culpa suya, pues, como ya hemos visto, nada que venga de Dios puede ser malo, menos aún un camino espiritual. Sin embargo, el mal se mete e interfiere, lastima, engaña, confunde y hace que el hombre no vea con ojos sobrenaturales. Lo importante es saber diferenciar lo que viene del hombre de lo que viene de Dios. No se trata de levantar juicios ni condenar con el dedo, pues no somos nadie para juzgar el camino espiritual de los demás, pero llevar una vida interior profunda implica tener la valentía de distinguir lo humano de lo divino. Sólo de este modo podremos perdonar lo primero y abrazar lo segundo.

La segunda razón es nuestra propia humanidad que quiere controlarlo todo. Jugamos a ser dioses, usamos la religión y la espiritualidad para justificar nuestros actos y en nombre de Dios vamos causándonos heridas a nosotros mismos. Muchas

veces nos exigimos más de lo que el mismo Dios nos pide. Se nos olvida que Él quiere "misericordia, no sacrificio, conocimiento de Dios, no holocaustos" (Os. 6,6). Nos enredamos tanto en las normas y mortificaciones que nosotros mismos nos imponemos, que nos olvidamos de conocerle, de acercarnos a su Corazón para preguntarle cómo quiere Él que vivamos, qué penitencias son las que a Él le agradan. Y de este modo, bajo una falsa espiritualidad vamos causándonos heridas que el Señor no ha previsto y que, en ocasiones, nos vuelven vanidosos o resentidos espiritualmente.

La tercera razón por la que podemos sentirnos abatidos en el camino espiritual, lejos de ser algo negativo como las anteriores, es lo que algunos santos han llamado "noche oscura del alma". Se trata de periodos de desolación interior en la que uno se entrega a Dios, pero a cambio no siente sino ausencia, soledad y amargura. Quedan lejanos los días en que el Señor era una fuente de consuelo y alegría. Cuando se atraviesa esta etapa, el alma siente que se desgarrá, que cada intento de acercarse a Dios termina en un rasguño. Pero, contrariamente a lo que se experimenta, estos periodos son los de mayor avance espiritual. Toda alma que decida dar un paso más hacia la unión con Dios experimentará en algún momento el dolor de la noche oscura. Sin embargo, la fidelidad hará fecunda esta entrega y, al pasar la prueba, las gracias serán inestimables.

Aunque nuestro Señor no ha pasado por alto ni uno solo de nuestros intentos por acercarnos y permanecer con Él, hoy le renovaremos cada una de esas ocasiones en las que, de la manera correcta o incorrecta, lo hemos buscado con rectitud

Consagración 12 Rosas

de corazón. Vamos a darle a María esta rosa con todas las ocasiones en que le hemos entregado algo a Dios. Le pediremos que cada oración se convierta en un beso, que cada sacrificio sea una caricia que alivie el dolor del Corazón de Cristo, que tan herido se encuentra. Descubriremos con esta flor que, aunque creamos que es mérito nuestro el estar cerca de Dios, es Él quien nos llamó primero, es Él quien nos busca y nos ama infinitamente desde toda la eternidad.

ORACIÓN PARA PEDIR LA PIEDAD

¡Cuánto te amo y te he amado! ¡Cuánto amo y he amado a Dios Padre, a tu Hijo, al Divino Espíritu! Por este amor,

Madre, que para mí es tan grande, pero que en comparación al tuyo no es más que un granito de arena en la playa, hoy te pido la virtud de la verdadera piedad: la que recibí del Espíritu en mi bautismo y ahora quiero cultivar y disfrutar.

Te entrego mi espiritualidad con todas mis obras piadosas, las oraciones y los sacrificios. Preséntalos a Dios junto con tu espiritualidad, con tu oración perfecta, con tus sacrificios agradables a sus ojos. Enséñame, María, a rezar como tú, a ofrecer como tú, a amar como tú.

Renuevo mis deseos de servirte y de servir a través tuyo a la Santa Trinidad. Quiero ser fiel y aprender de mis hermanos los santos, que han alcanzado la plenitud del amor.

No permitas que me esconda tras una falsa espiritualidad, no dejes que me confunda en el cumplimiento de normas humanas que complican la mente y enredan el corazón. Dame la sencillez de un niño que se acerca confiadamente a su madre.

Enciéndeme en deseos de permanecer siempre fiel a las enseñanzas de la Iglesia; haz que mi vida sea testimonio para acercar a muchas almas a Dios a través del ejemplo y el amor; concédeme la perseverancia final para amar al Señor cada día de mi vida y a la hora de mi muerte.

Amén.